

Introducción al concepto de *idea* en la filosofía de George Berkeley

FRANCESCO CONSIGLIO

§1. Tres fases

§1.1. Ensayo de una nueva teoría de la visión

EN EL *ENSAYO DE UNA NUEVA TEORÍA DE LA VISIÓN* Berkeley se propone investigar la percepción espacial, planteando una crítica a aquellas teorías ópticas, ampliamente aceptadas en su tiempo, por las que muchos matemáticos trataban de explicar la percepción de la distancia.

El problema central del ensayo es el siguiente: percibimos la distancia entre un objeto y nosotros en relación a la amplitud del ángulo que forman sus extremidades con nuestro ojo. Sin embargo, objeto Berkeley, cuando observamos una figura, si tenemos que juzgar si está situada cerca de nosotros o bien lejos, el dato que nos interesará examinar no será, desde luego, la amplitud del ángulo formado con nuestro ojo sino, más bien, elementos mucho más concretos; es éste el caso de la claridad o de la confusión de la representación que tenemos de tal objeto: «El ojo, o (para hablar con verdad) la mente, al percibir sólo la confusión, sin considerar en ningún caso la causa de la que procede, une constantemente el mismo grado de distancia al mismo grado de confusión».¹ Aclarado que es según estos indicios intuitivos que medimos visivamente la distancia física, es interesante notar que las ideas de confusión y claridad no tienen ninguna conexión necesaria con la idea de distancia; por lo menos no más necesaria que la conexión que hay entre la vergüenza y el enrojecerse de un semblante. Y sin embargo, como cada idea no inmediatamente perceptible tiene que ser mediada por otra,² el rojo del rubor

¹ G. BERKELEY, *An essay on a new theory of vision*, trad. esp. Manuel Fuentes BENOT, *Ensayo de una nueva teoría de la visión*, Aguilar, Buenos Aires 1980, pp. 44–45.

² «Primero, es evidente que cuando la mente percibe una *idea*, no de modo inmediato y por sí misma, ha de ser por medio de alguna otra idea. Así, por ejemplo, las pasiones que hay en la mente de otro son, para mí, invisibles en sí mismas. Puedo, sin embargo, percibir las por la vista, aunque no inmediatamente, sino por medio de los

media el sentimiento de la vergüenza y, del mismo modo, la idea de la confusión media aquella de la distancia, la cual no es por sí misma percibida de inmediato.

El único vínculo entre nuestras ideas visibles y tangibles reside, entonces, solamente en la experiencia: «por consecuencia, si no fuera por experiencia, no debemos juzgar que una apariencia débil o confusa está relacionada con una magnitud grande o pequeña, como tampoco con una distancia grande o pequeña».³ No hay ninguna conexión necesaria entre extensión visible y tangible. Los juicios que formulamos acerca de la magnitud dependen completamente de la experiencia. Pero ¿qué quiere decir la palabra *idea* a este respecto? No indica nada más que una expresión de cualquier objeto inmediato del sentido.⁴

Aún, Berkeley sigue subrayando la secundariedad de las ideas visibles en relación a las tangibles en todo conocimiento concreto del mundo:

Habiendo experimentado durante largo tiempo que ciertas ideas perceptibles por el tacto, como la distancia, figura tangible y solidez, han estado en conexión con ciertas ideas de la vista, al percibir estas ideas de la vista concluyo que ideas tangibles, por el ordinario curso de la naturaleza, van a seguirse. Estoy persuadido de esto [...], que lo visto únicamente sugiere a su entendimiento que, tras recorrer cierta distancia, la cual puede ser medida por el movimiento de su cuerpo, cosa perceptible por el tacto, llegará a percibir ciertas ideas tangibles usualmente relacionadas con ciertas ideas visibles.⁵

Aquí Berkeley anticipa lo que considera la verdadera relación entre ideas visibles e ideas tangibles: las primeras son signos anticipatorios de las segundas y lo son a través de una mera conexión habitual, sencillamente, porque siempre se han encontrado juntas. En la estela de este discurso halla su apropiada colocación el ejemplo del ciego de nacimiento que, adquiriendo de improviso la vista, sin nunca haber experimentado directamente la conexión entre ideas tangibles y visibles, no podría percatarse de que éstas últimas son nada más que signos anticipatorios de las primeras y, por ende, no podría percibir

colores que producen en el semblante» (Id., p. 28).

³ Id., pp. 59–60.

⁴ Así lo explica Berkeley: «Nótese que, cuando hablo de ideas tangibles, tomo la palabra *idea* como expresión de cualquier objeto inmediato del sentido o del entendimiento, significación lata que es muy comúnmente usada por los modernos» (Id., pp. 52–53).

⁵ Ibid.

visualmente la distancia sin antes haberla recorrido materialmente, o sea bajo la categoría de lo tangible.

La argumentación de Berkeley vuelve varias veces sobre este punto: por ejemplo, descubrimos que también el oído, como la vista, lleva a nuestra mente unas cuantas ideas de un objeto (ej. el carro que oímos recorrer la calle, que podemos también ver y tocar). El problema está en el hecho de que las ideas de sonidos, como por su parte las ideas visibles, revelan algo totalmente diferente en comparación a la percepción tangible; sin embargo, lo que percibimos nos parece ser una única y misma cosa. Esto porque, si bien «es cierto que las ideas enunciadas por cada sentido son ampliamente diversas y distintas unas de otras; [por otro lado,] como se ha observado de modo constante que van juntas, se habla de ellas como de una y la misma cosa».⁶ De aquí procede, según Berkeley, el prejuicio por el cual formamos objetos únicos a partir de sensaciones distintas. Más precisamente se tendría que decir que «una misma cosa tenga más que una extensión y una figura»;⁷ y esto queda justificado por él a través del hecho de que todas estas diversas sensaciones toman caminos distintos a la hora de llegar a la mente. Sintéticamente, vista y tacto tienen objetos distintos.

Hemos visto que las ideas de los distintos sentidos son una construcción de la mente, todas excepto aquellas procedentes del tacto. Además, hemos visto que los «objetos» externos los formamos agrupando en conjunto todos estos datos de los sentidos que nos parecen manifestarse siempre juntos. En fin, la cuestión del número que, en la ontología de Locke (dominante al tiempo de Berkeley) figuraba bajo la voz de calidad primaria, o sea independiente de la percepción humana, mientras que en el *Ensayo* Berkeley la define como sigue:

Es totalmente una creación de la mente, la cual considera una idea sola o una combinación de ideas a las que da un nombre, la hace pasar así por una unidad. Según la mente combina de modo vario sus ideas, la unidad varía. E igual que la unidad, el número, que es sólo una combinación de unidades, varía también.⁸

De la misma manera, Berkeley rechaza también la idea de extensión abstracta, en cuanto una extensión para ser percibida tiene que ser experimentada materialmente (no se puede hablar de una extensión que no tenga ni color ni

⁶ Ibid.

⁷ Ibid.

⁸ Id., p. 93.

forma). Igualmente rechaza la idea de un triángulo en general, ya que un triángulo (o una forma cualquiera) no puede ser objeto de estudio geométrico si no en el nivel de una concreta materialización; así se aleja una vez más de la propuesta de Locke, el cual afirmaba la existencia de figuras geométricas generales y, justamente hablando del triángulo en general, decía que se trata de un triángulo que no es «ni oblicuo ni rectangular, ni equilátero ni isósceles ni escaleno; sino todo esto y nada de esto a la vez».⁹

Es así que, empezando por este primer peldaño, el de una crítica a la teoría de la percepción visiva según los principios de la óptica de aquel entonces, Berkeley comienza la elaboración de una nueva hipótesis explicativa sobre la percepción sensible en general; hipótesis que irá evolucionando y definiendo más en el sucesivo tratado sobre los *Principios del conocimiento humano*.

De todas formas, este *Ensayo* documenta ya un primer análisis y un intento inicial de explicar la relación entre el mundo, objeto de nuestras experiencias, y las ideas que sacamos de él. Particularmente, como se ha visto, Berkeley afirma que las ideas visivas (como evidentemente aquellas que proceden del oído, del olfato o del gusto) no tienen la misma consistencia de aquellas procedentes del tacto. Más concretamente, las ideas visivas que sacamos de un objeto no tienen una correspondencia objetiva en la realidad; ellas son sencillamente un contenido interno. El ejemplo más evidente sería el del color, cualidad subjetiva bajo la cual se presentan todos los contenidos visivos en cuanto, dice Berkeley, el color no se puede desvincular de las imágenes de los objetos de visión: ese, por ser una aportación mental a la realidad, no goza de una verdadera existencia en el mundo externo. Al contrario, las ideas tangibles de los objetos del mundo son aquellas propiamente presentes en el mundo mismo. Entre estas últimas y las ideas de la visión no hay ninguna relación necesaria. De hecho, subraya Berkeley, si por un caso un cualquier ciego de nacimiento recuperara la vista, no lograría percibir una superficie como lisa antes de tocarla; sólo después de haber experimentado una copresencia de las cualidades visibles con las correspondientes cualidades tangibles empezaría a leer en ellas una recíproca implicación, pero no antes.

En el *Ensayo* Berkeley empieza, así, a eliminar el objeto material independiente de la mente. El mundo externo es revelado sólo por los contenidos tangibles de la percepción; los otros se reducen a meros signos,

⁹ Id., p. 105.

señales¹⁰ de los objetos táctiles ligados a aquellos simplemente por una conexión habitual. En este contexto un elemento como la distancia visible, en cuanto mero objeto de la mente, se limita sólo a *sugerir* una distancia real cuya existencia externa será comprobada a través del tacto.

§1.2. Principios del conocimiento humano

En esta segunda obra Berkeley va afinando sus argumentaciones, que avanzan sustancialmente con respecto al *Ensayo*. Entre los cambios notables, el más eminente es la nueva óptica en que el autor interpreta los datos táctiles, ahora completamente asemejados a los demás datos sensibles.

Una de las primeras aclaraciones necesarias antes de leer los *Principios* concierne el concepto de idea que se debe tener presente: ella «es la representación sensible de algo; y por ser sensible, y porque no existen representaciones abstractas, es siempre particular. Pero *idea* es al mismo tiempo la cosa misma percibida».¹¹

El camino argumentativo de Berkeley empieza otra vez derrumbando la noción de ideas abstractas, más o menos siguiendo el mismo principio de la crítica sobre la idea general de triángulo que se encuentra ya en el *Ensayo*. Aquí dice: «puedo considerar en abstracto, o separados del cuerpo, un ojo, una nariz, una mano. Pero sea cualquiera el ojo o mano que yo imagine, siempre tendrá determinada forma y color. De igual modo, la idea que yo me forme de hombre ha de ser de un hombre blanco, o negro, o moreno; derecho o encorvado; alto, bajo o de mediana estatura».¹² Es decir que no es posible abstraer totalmente una idea cualquiera sin formarse en la mente una imagen que permanezca, de alguna forma, particular. Como se ve, ésta es más o menos la misma concepción que ya habíamos visto en el *Ensayo*, hablando de las figuras geométricas y más concretamente del triángulo: o sea, no existe ninguna figura geométrica que no tenga una forma o un color particular porque simplemente no es concebible. Aun así, Berkeley admite que se pueda dar la ocasión de una cierta abstracción

¹⁰ «Las figuras visibles son las señales de las figuras tangibles, [...] en sí mismas son poco consideradas, salvo por su conexión con las figuras tangibles, que por naturaleza están ordenadas a significar» (Id., p. 114).

¹¹ G. BERKELEY, *Principles of human knowledge*, trad. esp. Pablo MASA, *Principios del conocimiento humano*, Aguilar, Buenos Aires 1968, p. 12.

¹² Id., p. 34.

en sentido lato, o sea la consideración de ciertas partes de algunos objetos como separadas de las otras con que comparten ese objeto.¹³

Es más, si Locke sostenía que «Las palabras adquieren sentido general porque se convierten en signos de ideas generales». [... Berkeley contesta que] Más bien parece, sin embargo, que una palabra adquiere sentido general por convertirse en signo no de una idea general *abstracta*, sino de varias ideas particulares, cualquiera de las cuales puede indistintamente sugerir a la mente mediante la palabra». ¹⁴ Por esto la palabra *movimiento* sugiere varios tipos de movimientos y *triángulo* se aplica a varios tipos de triángulos.

De todas formas, resulta claro que los objetos del conocimiento humano son las ideas; efectivamente «Es evidente para quienquiera que haga un examen de los objetos del conocimiento humano que éstos son: o *ideas* impresas realmente en los sentidos, o bien percibidas mediante atención a las pasiones y a las operaciones de la mente; o, finalmente, ideas formadas con ayuda de la imaginación y de la memoria, por composición y división o, simplemente, mediante la representación de las ideas percibidas originariamente en las formas antes mencionadas». ¹⁵ Las ideas son, por lo tanto, el único objeto propio de los sentidos, ya sea como fruto de percepción directa, ya como fruto del recuerdo de percepciones pasadas. Las ideas son lo aportado por los sentidos, como ya se había visto arriba.

Pero ¿cómo es que estas ideas se transforman en los objetos que percibimos? Según Berkeley es debido al hecho de que se presentan siempre juntas, y como que las vemos tan cercanas, siempre las interpretamos como partes de un mismo objeto. ¹⁶ Hoy en día se diría que este contenido sabe mucho a Gestalt, y más concretamente llama la atención el *principio de proximidad*, según el cual los objetos que son recíprocamente cercanos son siempre percibidos, por un observador, como un único objeto.

¹³ «Si he de hablar sinceramente, reconozco en mí la aptitud de abstraer en cierto sentido, como sucede al considerar determinadas partes o cualidades separadas de otras con las cuales coexisten en algún objeto, y sin las cuales es posible tengan existencia real» (ibid.).

¹⁴ Id., p. 37.

¹⁵ Id., p. 55.

¹⁶ «Y cuando se ha observado que varias de estas ideas se presentan simultáneamente, se viene a significar su conjunto con un nombre y ese conjunto se considera como una cosa. Así, por ejemplo, observamos que van en compañía un color, gusto y olor determinados junto con cierta consistencia y figura: todo ello lo consideramos como una cosa distinta, significada por el nombre de *manzana*» (ibid.).

La existencia de una idea consiste, en los *Principios*, simplemente en el ser percibida; y ese ser activo que la percibe es justamente lo que llamamos generalmente alma, yo o mente. De aquí se sigue que las ideas existen exclusivamente en la mente del sujeto que las percibe. De hecho «su existir [de aquellos seres que no piensan] consiste en esto, en que se los perciba; y no se los concibe en modo alguno fuera de la mente o ser pensante que pueda tener percepción de los mismos».¹⁷

Como en el *Ensayo*, aquí también encontramos la cuestión del número, que resulta ser «cosa tan evidentemente relativa y dependiente del entendimiento humano, que resulta extraño pensar que nadie haya podido atribuirle existencia real fuera de la mente».¹⁸ La justificación de esta afirmación, como en el texto anterior, se atribuye al hecho de que somos nosotros los que creamos la unidad (y a partir de ahí los demás valores numéricos) cuando reunimos en un conjunto (arbitrario, desde luego) estas diferentes ideas.

Otro punto es el de la causa de las ideas: ¿de dónde llegan? La respuesta es que son causadas por el mismo espíritu, en cuanto no existe nada de material, según Berkeley, ninguna sustancia más allá que las mentes que perciben las ideas¹⁹ (incluida la de Dios). Además, las ideas procedentes de la sensación difieren de aquellas fruto de la memoria en cuanto, a diferencia de éstas últimas, las primeras no están vinculadas a nuestra voluntad y se presentan a nuestros sentidos sin que podamos decir nada.

A menudo Berkeley vuelve a subrayar que es inadmisibile la existencia de la materia entendida como substancia corpórea. Sin embargo, en sentido vulgar la noción de substancia corpórea está admitida, porque lo que a él le interesa de verdad es nada más que rechazar el sentido metafísico, el concepto de substancia como algo que «está abajo», mientras que no se atreve a negar la existencia concreta de las cosas en sentido práctico (vulgar): «No pretendo refutar la existencia de las cosas que podemos percibir ya por el sentido ya por la reflexión [...]. Lo único inadmisibile y que niego absolutamente es la existencia de lo que los filósofos llaman materia o substancia corpórea».²⁰ Y así, más adelante: «si la palabra *substancia* se toma en sentido vulgar, esto es, como

¹⁷ Id., p. 57.

¹⁸ Id., p. 63.

¹⁹ *cfr.* id., p. 72.

²⁰ Id., p. 77.

una combinación o reunión de cualidades sensibles, [...] en ninguna manera se puede decir que hayamos negado su existencia».²¹

Es interesante notar que cuando Berkeley dice que alimento, bebida y vestido no existirían sin nuestra percepción, parece abordar un problema muy similar a aquel, más contemporáneo, de las *affordances* (James Gibson 1979), en cuanto estas últimas son cualidades que nosotros mismos encontramos en los objetos justamente porque podemos utilizarlos de una manera coherente con nuestros fines: en cierto sentido, aquellos aspectos del objeto existen porque estamos aquí nosotros para percibirlos como útiles.

Como ya se había adelantado, en los *Principios* se modifica la concepción sobre las ideas que nos proporcionan los sentidos: es verdad, por un lado, que las ideas visibles permanecen como señales de las tangibles, pero ahora también éstas últimas dejan de tener una referencia (supuestamente) externa en cuanto Berkeley precisa que, como las otras ideas de sentido, simplemente expresan nuestra percepción y no tienen ninguna referencia externa al espíritu; así la «aparente» diferencia entre las ideas de tacto y de los otros sentidos, viene explicada por el autor como una interpretación incorrecta debida al hecho de que ese asunto no había sido bien clarificado, en cuanto no estrictamente perteneciente a la teoría de la visión de la cual ese *Ensayo* se ocupaba.²² Finalmente, cabe destacar que las ideas visibles no nos advierten de objetos táctiles externos sino que vamos a encontrar, junto con ellas, las respectivas ideas táctiles.

Si bien hemos dicho que la existencia de las ideas depende de nuestra percepción, es verdad que, cuando yo dejo de percibir unas cuantas cosas, ellas no dejan de existir *tout court*, sino más bien siguen siendo percibidas por otros

²¹ Id., p. 79.

²² «Que el objeto propio de la vista no existe fuera de la mente ni puede ser imagen de cosas externas, ya quedó demostrado en el antedicho *Ensayo*. Y aunque sea enteramente idéntico el proceso del tacto, parece que allí se supone lo contrario, o sea que los objetos existen fuera de la mente, pero no porque se admita este vulgar error, sino porque el refutarlo no lo creía necesario en un tratado sobre la visión» (id., p. 82).

intelectos y, de todas formas, por Dios;²³ y en ese sentido se puede decir que tienen alguna forma de independencia.²⁴

§1.3. Tres diálogos entre Hilas y Filonús

Los *Tres diálogos* son la obra que sigue inmediatamente a los *Principios*. Constituyen, dentro de un marco dialéctico, una respuesta a las objeciones que había suscitado aquella misma obra. En este sentido, se proponen como una re-escritura dialógica de las conclusiones, sobre la naturaleza de la realidad que nos rodea y sobre los objetos del conocimiento, a las que Berkeley había llegado: lo que llamamos *cosas* no son más que una serie de conjuntos de ideas que suelen afectar conjuntamente (en el tiempo y en el espacio) a nuestros sentidos; estas ideas constituyen el objeto verdadero de nuestro conocimiento; junto con los espíritus finitos y Dios, son las únicas realidades que componen el mundo y no hay nada semejante a aquella substancia desconocida a la que se refería Locke; en definitiva, Dios es la causa última de nuestras ideas, que no son causadas por cosas externas a nuestros intelectos de las cuales serían imágenes, sellos.

La argumentación se desarrolla como un discurso entre Hilas y Filonús,²⁵ dos amigos que se reúnen para clarificar unas dudas sobre la naturaleza del conocimiento y de la realidad que implican (sin solucionarlas) el planteamiento lockiano. El primero defiende desde luego la formulación clásicamente lockiana, ampliamente aceptada, como ya hemos dicho, en los años en que Berkeley trabajaba en sus obras; el segundo es, al contrario, portador de las nuevas ideas berkeleyanas, duramente combatidas. Dos posiciones que se pueden apreciar en los siguientes fragmentos:

H.– En la conversación de la última noche se te presentaba como una persona que sostenía la opinión más extravagante que ha albergado mente humana; a saber, que no existe en el mundo eso que se llama *substancia material*.

²³ «sólo de la voluntad del Creador depende el que un movimiento determinado vaya seguido de *ideas que se despiertan en una mente distinta*. Sólo Él es el que, “sosteniendo todas las cosas con la palabra de su poder”, permite la comunicación entre los espíritus, en virtud de la cual éstos se perciben mutuamente» (id., p. 158). Es Dios, a través de su poder, quien sostiene en existencia las cosas y hace posible la comunicación entre espíritus distintos.

²⁴ *cfr.* id., p. 116.

²⁵ Los nombres de estos personajes son evidentemente evocativos: Hilas de *hyle*, que en griego significa materia; Filonús de *philo-* + *nous*, o sea el amante/el amigo del intelecto.

F.– De que no existe eso que los *filósofos* llaman *substancia material* estoy firmemente persuadido; pero si se me hiciera ver que había algo absurdo o escéptico en eso, renunciaría a ello por la misma razón por la que yo creo que en la actualidad tengo que rechazar la opinión contraria.²⁶

F.– ¿Qué diremos entonces de tu objeto externo, es una substancia o no lo es?

H.– Es una substancia material con las cualidades sensibles que le son inherentes.²⁷

Filonús es partidario de «la opinión más extravagante», la negación de la substancia material, mientras que Hilas sigue pensando que la realidad está constituida por una serie de objetos de los cuales percibimos cualidades sensibles.

La discusión sigue con una refutación dialéctica de todos los argumentos propuestos por Hilas y de todas sus objeciones a la nueva perspectiva defendida por Filonús:

F.– Para ayudarte a salir del apuro considera sólo que si se reconoció una vez que la extensión no tiene existencia fuera de la mente, lo mismo hay que admitir tratándose del movimiento, de la solidez y de la gravedad, ya que todas estas cualidades suponen evidentemente la extensión. Es superfluo, por tanto, investigar especialmente cada una de ellas. Al negar la extensión has negado también la existencia real de todas.

H.– Si es verdad lo que dices, me extraña, amigo Filonús, que los filósofos, que niegan la existencia real a las cualidades secundarias, la atribuyan sin embargo a las primarias.²⁸

La defensa de la objetividad e independencia de las cualidades primarias era uno de los puntos característicos del planteamiento de Locke, que sólo consideraba subjetivas las cualidades secundarias.

Otro paso en este recorrido es la refutación de las ideas abstractas cuya existencia, como ya hemos visto antes, era tranquilamente admitida por Locke:

²⁶ G. BERKELEY, *Three Dialogues between Hylas and Philonous*, trad. esp. A. P. MASEGOSA, *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*, Aguilar, Buenos Aires 1968, p. 23.

²⁷ Id., p. 29.

²⁸ Id., p. 53.

F.– Ahora bien, hay una máxima universalmente admitida que dice que *todo lo que existe es particular*. ¿Cómo puede entonces existir en una substancia corpórea movimiento en general o extensión en general?

[...] Si en tu pensamiento puedes formar una idea abstracta distinta de movimiento o extensión, despojada de todos los modos sensibles como rápido y lento, grande y pequeño, redondo y cuadrado, etcétera, los cuales se reconoce que sólo existen en la mente, admito la tesis que defiendes. Pero si no puedes, sería irrazonable por tu parte insistir sobre algo de lo cual no tienes noción alguna.

H.– Confieso ingenuamente que no puedo.²⁹

Aún, Hilas defiende la tesis de que las ideas no son nada más que huellas o sellos que las cosas imprimen en nuestra mente a la hora de ser percibidas, como vemos claramente en el extracto siguiente:

H.– A decir la verdad, amigo Filonús, creo que hay dos clases de objetos; unos, percibidos inmediatamente y que pueden llamarse *ideas*; otros, son las cosas reales u objetos externos percibidos por mediación de las ideas, que son sus imágenes y representaciones. Ahora bien, admito que las ideas no existen fuera de la mente; pero la última clase de objetos, sí [...].

F.– Parece, pues, que tú crees que nuestras ideas, que es lo único inmediatamente percibido, son retratos de las cosas externas; y que estas son también percibidas por los sentidos en cuanto que tienen una conformidad o semejanza con nuestras ideas.

H.– Eso es lo que quiero decir.³⁰

Filonús opone que no hay razón para creer que las cosas que percibimos son meras huellas o casi imágenes en negativo de objetos realmente y plenamente existentes más allá de nuestra percepción sensible; de hecho, si se pregunta a un campesino por qué ve un manzano en vez de un naranjo, contestaría «porque veo un manzano y no veo otros árboles». Así Filonús afirma que también en la percepción común de la realidad, los objetos del conocimiento son aquellas cosas que percibimos a través de los sentidos, es decir las *ideas*.

Como en los *Principios*, también aquí Berkeley defiende, a través de la voz de Filonús, que la causa de las ideas es Dios y no se puede atribuir a ninguna *materia* supuestamente existente más allá de nuestras percepciones. Y esto

²⁹ Id., p. 55.

³⁰ Id., pp. 71–72.

porque Dios es una fuerza actuante, mientras que la materia sería una naturaleza completamente pasiva.³¹

Sobre este último punto, la inactividad y pasividad de la materia, se podría volver a hablar de las *affordances* que Gibson, en tiempos mucho más recientes, ha detectado en las cosas: a través de estas «invitaciones» las cosas interactúan con nuestros sentidos así que, a la base de la intervención constructiva de nuestra percepción, hay que poner un modo de ofrecerse a nuestros sentidos propio de cada objeto.

Finalmente, afirmamos una vez más: las cosas son unos conjuntos de ideas que solemos percibir juntas, nada más. Así, en palabras de Filonús:

F.– Lo que llamas las formas vacías y la parte exterior de las cosas me parece que son las cosas mismas. Ni están vacías ni incompletas, a no ser que supongas que la materia es una parte esencial de todas las cosas corpóreas. [...] En una palabra, tú no confías en tus sentidos, yo sí.

[...] Así, pues, para evitar éste y otros inconvenientes que inmediatamente se presentan a poco que en ello se piense, los hombres combinan diversas ideas, aprehendidas por diversos sentidos, o por el mismo sentido, en diversas ocasiones o en diferentes circunstancias, pero en las que se observa, empero, que tienen una cierta conexión natural, bien en coexistencia o en sucesión; todas las cuales se refieren a un nombre y las consideran como una cosa.³²

§2. La cuestión de las ideas abstractas. Algunas reflexiones

Ya hemos evidenciado en los párrafos precedentes la importancia de esta cuestión en los escritos de Berkeley. Ahora vamos a añadir unas reflexiones conclusivas para recapitular el sentido de este problema y dejarlo más claro.

La refutación de las ideas abstractas juega un papel evidentemente central en el planteamiento de Berkeley, y de hecho ha sido comentada por diversos estudiosos de sus obras.

Sin embargo, algunos de aquellos autores han puesto en el centro de su atención la crítica a la idea general de triángulo³³ que Berkeley plantea contra Locke, aplastando en ese punto todo el sentido de aquella crítica.

En realidad, Margaret Atherton³⁴ piensa que ese no es más que un tema tangencial y que, lo que realmente importa a Berkeley, es defender su

³¹ *cfr.* id., pp. 90–92.

³² Id., pp. 137–138.

³³ *cfr. supra.*

inmaterialismo e idealismo a través del anti-abstraccionismo, con que rechaza con fuerza sobre todo la abstracción de cualidades individuales, y la supuesta diferencia existente entre cualidades primarias y secundarias. En efecto, Berkeley rehúsa no tanto la generalización (ya que, como hemos visto arriba, admite el uso general de términos para significar cosas parecidas, como *triángulo* para diversos triángulos), sino la abstracción, y particularmente la de las cualidades, con que se trataría de imaginar, por ejemplo, un color separado de una extensión. De todas formas, Berkeley no niega que se puedan considerar objetos como ojos o manos separadamente de su cuerpo, sino que niega que esos objetos no tengan ninguna caracterización particular: un ojo, dice él, es siempre un ojo particular y no hay una idea arquetípica de ojo en general. Es un conjunto particular de ideas particulares, y por esta razón existe como ojo aún pensado separadamente de un cuerpo.

Además, es interesante considerar que las ideas abstractas de cualidades no es que simplemente no existan, sino que son *inconcebibles*. Y esto porque «our abilities to frame ideas of qualities are limited to the conditions of perception under which we experience them, and, thus, which qualities can or cannot be separated one from another depends upon the way in which we experience them».³⁵ Así no puedo concebir el color de un objeto u otras sensaciones parecidas de manera abstracta: desvinculadas del acto de experiencia propio, se convierten en ideas vacías y, por lo tanto, inconcebibles.³⁶ De aquí sigue el uso del argumento anti-abstraccionista para sostener también la inconcebibilidad de las ideas abstractas de cualidades primarias como la extensión, ya que no es posible pensar una extensión en abstracto, separada de otras ideas como la de color. Y es mucho menos posible, en fin, pensar en una materia que exista en absoluto, sin ningún enlace con la percepción actual de una mente cualquiera.

³⁴ M. ATHERTON, «Berkeley's Anti-Abstractionism», en Ernest Sosa (ed.) *Essays on the philosophy of George Berkeley*, Springer Netherlands 1986.

³⁵ «Nuestras habilidades para estructurar ideas de cualidades están limitadas a las condiciones de percepción bajo las cuales nosotros las experimentamos, y, por lo tanto, cuáles cualidades pueden o no pueden ser separadas una de la otra depende de la manera en que nosotros las experimentamos». Id., p. 50.

³⁶ «We can be assumed to be able to understand that ideas of unperceived sensible qualities lack content and so are inconceivable. [...] The argument depends upon the admission that we can only know what qualities like heat are like as they are felt» (id., p. 51). «Podemos asumirnos como capaces de entender que las ideas de cualidades sensibles no percibidas carecen de contenido, y son así inconcebibles...El argumento depende de la admisión de que nosotros sólo podemos conocer cómo son cualidades como el calor al sentirlas».

REFERENCIAS

- ATHERTON, Margaret (1986). «Berkeley's Anti-Abstractionism». *Essays on the philosophy of George Berkeley*, editado por Ernest Sosa. Dordrecht: Springer, pp. 45–60.
- BERKELEY, George (1709). *An Essay towards on a new Theory of Vision*. Dublin: Aaron Rhames; Jeremy Pepyat. [Existe traducción en español: *Ensayo de una nueva teoría de la visión*. Trad. Manuel Fuentes Benot. Aguilar: Buenos Aires 1980].
- BERKELEY, George (1710). *A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge*. Dublin: Aaron Rhames; Jeremy Pepyat. [Existe traducción en español: *Principios del conocimiento humano*. Trad. esp. Pablo Masa. Aguilar: Buenos Aires 1968].
- BERKELEY, George (1713). *Three Dialogues between Hylas and Philonous*. Londres: G. James; Henry Clements. [Existe traducción en español: *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*. Trad. A. P. Musgosa Aguilar: Buenos Aires 1968].

Recibido: 30-Septiembre-2016 | Aceptado: 12-Diciembre-2016



FRANCESCO CONSIGLIO, es doctorando en Filosofía de la Mente (CPhil) en la Universidad de Granada, España. Se ha formado en las universidades de Siena (Laurea Triennale in Filosofia), Parma (Laurea Magistrale in Filosofia) y Salamanca. Se ha enfocado, durante sus estudios, principalmente en la teoría del conocimiento y la filosofía de la mente. Más recientemente, se ha centrado en la teoría de la inteligencia colectiva. Ha publicado artículos y traducciones en algunas revistas españolas de filosofía y ha dado ponencias y comunicaciones en varios congresos en España e Italia.

DIRECCIÓN POSTAL: Departamento de Filosofía I. Universidad de Granada. Edificio de la Facultad de Psicología, Campus de la Cartuja. 18011 Granada, España. e-mail (✉): drososfilo@hotmail.it

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO: CONSIGLIO, Francesco. «Introducción al concepto de *idea* en la filosofía de George Berkeley». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 5:6 (2016): pp. 283–296.

© El autor(es) 2016. Este trabajo es un [Artículo. Original], publicado por *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* (ISSN: 2254-0601), con permiso del autor y bajo una licencia Creative Commons [BY-NC-ND], por tanto Vd. puede copiar, distribuir y comunicar públicamente este artículo. No obstante, debe tener en cuenta lo prescrito en la *nota de copyright*. Permisos, preguntas, sugerencias y comentarios, dirigirse a este correo electrónico: (✉) boletin@disputatio.eu

Disputatio se distribuye internacionalmente a través del sistema de gestión documental GREDOS de la Universidad de Salamanca. Todos sus documentos están en acceso abierto de manera gratuita. Acepta trabajos en español, inglés y portugués. Salamanca – Madrid. Web site: (✉) www.disputatio.eu